

Lucas 5:17-26

No famosos, pero conocidos

"Una fe que lleva lejos"

2 de noviembre de 2025

Reverendo Brian North

Iglesia Rose Hill; Kirkland, WA

Esta mañana analizamos uno de los eventos más famosos e impactantes del ministerio de Jesús. Es una historia que muestra lo que puede suceder cuando personas comunes y corrientes dan un paso de fe hacia Jesús; personas que no son famosas, pero que Él conoce. De eso se trata esta serie, "No famosos, pero conocidos". La semana pasada comenté que regalaría una tarjeta de Starbucks a quien me dijera, sin usar internet (y que no viviera conmigo), de dónde saqué el título de la serie de sermones. ¿Alguna idea?

...Supuse que sería difícil, pero nunca se sabe. Es el eslogan de una cadena de panaderías de bagels en la ciudad de Nueva York, llamada "Pop-up Bagels". Cuando estuvimos en Nueva York para la graduación universitaria de Hailey la primavera pasada, fuimos a Pop-up Bagels a almorzar un día, y Gwen me dijo: «Ese eslogan sería un título genial para una serie de sermones». ¡Totalmente de acuerdo! Y eso significó que todo el viaje a Nueva York se convirtió en un gasto de investigación para sermones, ¡así que gracias por eso! ¡Es broma! 😂 Bueno, vamos a analizar algunos encuentros de Jesús con personas que no eran famosas, pero que él conocía.

Esta mañana nos encontramos en uno de los eventos más memorables del ministerio de Jesús. Así que abran sus Biblias, o la aplicación de la Biblia, o sigan la lectura en pantalla, mientras profundizamos en la Palabra de Dios para ustedes y para mí esta mañana, Lucas 5:17-26...

Como dije, es un evento muy vívido. Quizás puedan imaginarse allí, rodeados de una multitud, escuchando a Jesús enseñar, cuando de repente empiezan a caer del techo trozos de barro, paja y palos. Se abre un agujero en la parte superior, entra la luz del sol (bueno... esa parte es difícil de imaginar), empieza a llover... y un hombre desciende sobre una estera.

Ahora bien, debemos recordar que sus casas tenían techos casi planos con vigas de madera, sobre las cuales se cruzaban ramas o palos más pequeños, y luego estaban cubiertos por una mezcla de barro y hierba que se podía reemplazar fácilmente. Lucas usa una palabra que se puede traducir como «tejas», pero no se refiere a porcelana. La palabra que usa puede significar simplemente «arcilla cocida» o, en este caso, referirse a la capa de arcilla del techo. Así pues, tenía varias capas en total, y era bastante resistente, con una escalera o acceso para acceder a él. De hecho, los techos servían como un patio al aire libre o como lugar para secar grano o fruta. En Hechos 10:9, se nos dice que Pedro subió al techo de una casa para orar.

Así que, si bien esa construcción lo permitía, no todos los días la casa de alguien se transforma en un estadio con techo retráctil como el T-Mobile Park, ¡ni aparece un tragaluz de repente! Pero eso es lo que sucede, porque no podían pasar entre la multitud. El lugar está abarrotado, la gente se desbordaba por la puerta, y simplemente no hay una manera normal de llegar hasta Jesús.

Ahora bien, antes de analizar al hombre y a sus amigos, quiero dedicar un tiempo al tema del perdón y a la reacción de quienes pensaban que Jesús estaba blasfemando. En su opinión, perdonar los pecados era algo que solo Dios podía hacer. Ocurría en el templo, mediante el sacrificio de animales, donde Dios perdonaba el pecado. Claro que las personas pueden perdonarse mutuamente a nivel personal: si esta semana le robo un dulce a uno de mis hijos (¡no es que lo haría!) y luego confieso mi pecado, mi hijo puede perdonarme. Ese es un nivel de perdón: el horizontal, entre seres humanos.

Pero el pecado también tiene siempre una dimensión vertical: contra Dios mismo. Ese es el nivel de perdón al que Jesús se refiere aquí. Este parálítico no ha pecado contra Jesús personalmente. No viene a pedirle perdón por nada. Pero Jesús lo mira y le dice: «Tus pecados te son perdonados». Uno puede imaginarse al hombre incrédulo ante Jesús: «No, no, no... Jesús: ¿No viste cómo me bajaban por el techo en una camilla? No puedo caminar». «Sí lo vi. Aterrizaste justo delante de mí. Era imposible no verlo. Pero... necesitas perdón». «Quizás sí... o quizás mis amigos, porque ellos hicieron ese agujero en el techo... pero lo que realmente necesito es caminar». «No: lo que realmente necesitas es algo más profundo. Necesitas perdón». Uno puede imaginarse esta conversación. Por eso, cuando Jesús dice: «Tus pecados te son perdonados», es un momento sobrecogedor.

Y al pronunciar esas palabras de perdón, Jesús se equipara a Dios, no sutilmente, sino con toda claridad. Es una afirmación de divinidad, porque Jesús habla de este perdón vertical, y todos allí lo saben. Por eso los líderes religiosos empiezan a pensar que Jesús está blasfemando. Reconocen que Jesús no perdona al hombre en el sentido horizontal del perdón que todos practicamos; reconocen que Jesús perdona en el sentido vertical que solo Dios puede otorgar. Y eso, para ellos, era una blasfemia porque significa que Jesús se equipara a Dios.

Así que, si te cuesta creer que Jesús realmente hiciera esa afirmación de divinidad, como si pensaras que es una blasfemia... Si analizamos la postura de los cristianos respecto a Jesús, observemos la respuesta de quienes se opusieron a él en los Evangelios, como vemos aquí. Los líderes religiosos que se oponían a Jesús lo oyeron decir claramente que era Dios encarnado. La divinidad de Jesús no es una doctrina inventada por los cristianos décadas o siglos después. La gente de su época, incluso sus oponentes, entendió que él afirmaba su divinidad. Por eso se opusieron a él hasta la crucifixión.

Ahora bien, en cuanto al hombre en la camilla, cuando Jesús dice: «Tus pecados te son perdonados», no está restando importancia a su parálisis. Más bien, Jesús va directo al corazón. El problema más profundo del hombre parecía físico, pero en realidad era

espiritual. Nosotros somos iguales. Tendemos a ver solo la superficie: el hábito, la adicción, el agotamiento, las dificultades económicas. Pero Jesús ve las raíces espirituales y las necesidades espirituales que subyacen a lo físico. Él comprende el problema de fondo y sabe que la sanación más verdadera y profunda que todos necesitamos es el perdón de nuestros pecados para reconciliarnos con Dios por la eternidad.

Por eso, cuando los líderes religiosos cuestionan su autoridad para perdonar, Jesús responde sanando la parálisis del hombre. Demuestra así que tiene el poder de perdonar, y sus palabras no son vacías. Lo dice en serio. Ante la orden de Jesús, el hombre se levanta, toma su camilla y sale. Estas son palabras divinas que encierran el poder para que el hombre lo haga. Con sus palabras, Jesús le da la fuerza para lograrlo. Entonces, el hombre se pone de pie, toma su camilla y se marcha, mientras la multitud probablemente se aparta como el Mar Rojo para dejarlo salir.

Este momento anticipa la resurrección de Jesús, donde ofrece la prueba definitiva de su autoridad para perdonar los pecados. La crucifixión de Jesús y su victoria sobre la muerte son la declaración de Dios para que veamos que el perdón es real y completo: para este hombre, para nosotros y para todos los que confían en Jesús.

Ahora, veamos el versículo 20, donde Lucas nos dice que Jesús «vio su fe». Esta frase resulta sorprendente, porque la fe es invisible; reside en el corazón y la mente. Sin embargo, Lucas afirma que Jesús vio su fe. En realidad, lo que vio fueron sus acciones. (Como en el libro de Santiago del Nuevo Testamento, que trata sobre poner la fe en acción). Su fe se manifestó en sus acciones. Los amigos creían que Jesús podía ayudarlos, y su fe se evidenció en su determinación. Se negaron a que los obstáculos los detuvieran. Cargaron a su amigo y encontraron la manera de llevarlo ante Jesús. Esa es la fe que lleva a cabo.

Ese es también el tipo de fe que la Iglesia está llamada a encarnar. Es una fe que no solo cree por sí misma, sino que cree por los demás: intercediendo en oración, sirviendo con hospitalidad y llevándolos hasta los pies de Jesús.

Luego está el paralítico. No podía ir por su propio pie. Quizás sus amigos lo animaron a ir, o quizás él les pidió que lo llevaran; Lucas no lo menciona. Pero sabemos que confiaba lo suficiente en sus amigos como para dejarse llevar hasta el tejado y bajar por un agujero.

Imagínate estar allí tumbado en una camilla, escuchando a tus amigos decir: «Oye, no podemos entrar por la puerta principal. Hay demasiada gente. Así que, vamos a hacer esto: te llevaremos al tejado, haremos un agujero y te bajaremos». Ese hombre tuvo que confiar en sus amigos, en la multitud que estaba abajo y en Jesús, que lo esperaba en la habitación. Eso es lo que hace la fe: se encomienda por completo a las manos de Dios y también a su pueblo.

Y cuando Jesús le dijo: «Levántate y anda», lo hizo. Esa también era una fe visible. Se necesita fe para acercarse a Jesús, y tanta fe para obedecerle cuando habla. El fruto de la fe de este hombre es su obediencia. Es importante notar el orden en la fe cristiana. La obediencia es un fruto de la fe, no un requisito. Y esa fe se basa en Jesús, en lo que hizo y en lo que dice.

Finalmente, observemos a la multitud. El paralítico tenía amigos dispuestos a cargarlo, pero la multitud le dificultó llegar hasta Jesús. Es trágico cuando quienes ya están cerca de Jesús bloquean el paso a quienes realmente desean acercarse a él. La iglesia deja de ser iglesia cuando se convierte en un club que se olvida de quienes desean unirse.

Jesús vino a abrir el camino para todos, no solo para quienes ya pertenecen a él. Cualquiera puede conocer a Jesús como Señor y Salvador. Pero cuando la iglesia oscurece a Jesús en lugar de revelarlo, perdemos nuestro propósito. Así pues, el llamado para nosotros es claro: seamos como los amigos. Seamos como el hombre. Tengamos una fe que guíe a otros hacia Jesús, que confíe en que otros nos ayudarán a llegar a Jesús, y que nuestra fe se vea reflejada en la forma en que amamos, servimos y hacemos espacio.

Si Jesús estuviera hoy frente a nosotros, ¿vería nuestra fe? ¿Vería tu fe? Quizás tengamos nuestras preguntas sobre Jesús y tal vez no nos sintamos expertos en la Biblia... pero lo conocemos lo suficientemente bien y hemos leído la Biblia lo suficiente como para estar en posición de ser más como los amigos. Podemos dejar que nuestra fe se manifieste en la forma en que amamos, servimos y hacemos espacio. Esto se ve al ayudar a otros a acercarse a Jesús: orando por ellos, sirviéndoles, dedicándoles un poco de tiempo en nuestras vidas y, simplemente, viviendo nuestra fe a su alrededor. Recuerda, alguien hizo eso por ti al principio: un padre, un amigo, tu pareja... alguien te ayudó a acercarte a Jesús y a esta fe.

Y todos conocemos a alguien como ese hombre paralítico y como nosotros mismos fuimos alguna vez: alguien que no puede acercarse a Jesús por sí mismo. Quizás sea un amigo atrapado en la culpa o la duda, un familiar agobiado por el pecado o la tristeza, un vecino que cree que lo único que importa son las cosas materiales, las experiencias y el dinero, o una persona que se considera buena y que cree que, si Dios existe, es suficiente por sí misma. Te aseguro que conoces personas que encajan en estas descripciones, y aunque no se den cuenta, necesitan a alguien que los acompañe a Jesús en oración, en amistad, invitándolos. Eso es lo que significa «Una fe que acompaña». No se trata de ser famoso, impresionante o poderoso. Se trata de ser conocidos por Jesús y de ayudar a otros a conocerlo mediante una fe visible.

Y: Todo se reduce a las palabras de Jesús: «Tus pecados te son perdonados». No son solo para el hombre en la camilla. Son para ti, para mí y para otros, como nuestros vecinos. Algunas personas esta mañana necesitan escuchar ese mensaje y recibirlo: que Dios te perdona tus pecados por medio de Jesús. Él satisface tu necesidad más profunda, en este

nivel espiritual fundamental. No somos famosos, pero él nos conoce y nos perdona. Y entonces, como personas perdonadas, seamos juntos quienes llevemos a otros a Jesús mediante nuestra fe visible y nuestro amor manifiesto, para que puedan ver y recibir el perdón de un Salvador que los conoce por su nombre. Oremos... Amén.